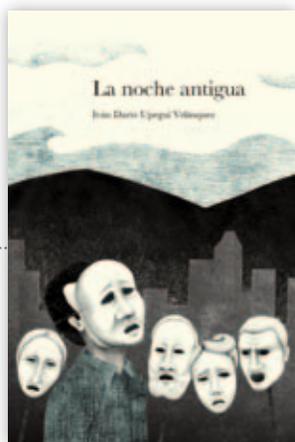


La novela vuelve a pensar la existencia



La noche antigua
Iván Darío Upegui
Medellín, 2014
298 p.

En un apartado de su blog Miscelánea alfabética, titulado “Quién soy”, se lee:

Iván Darío Upegui Velásquez. Medellín 1960. Administrador de Empresas y Contador Público. Trabajó durante muchos años en fincas bananeras de Urabá y en una empresa del gremio cafetero de Antioquia. Desde el año 2001 trabaja en el Metro de Medellín, donde ha sido un entusiasta impulsor de los programas educativos y culturales. Hace parte del comité editorial de la colección *Palabras Rodantes*. En 2008 publicó *Atardecer en Las Vegas*, en 2010 *Imágenes de escritores y gentes del común*.

Se trata de una nota autobiográfica escueta, donde más bien se recata, en lugar de anunciar. Es el modo de ser de Iván Darío Upegui, definido por el silencio y el pudor. El blog es ordenado y transparente, y define con toda certeza sus géneros: narrativa, aforismos, crónica, poesía. Uno puede comprar allí sus obras en físico o en pdf. Los textos publicados son impecables en su escritura, estilo y lenguaje, pero también en la diagramación, tipo de letra y formato de página; están bien diferenciados unos de otros y todos ellos ilustrados con fotografías del propio autor. Excelentes fotos, pues escogen bien los motivos, objetos y paisajes, en armonía

con la incidencia de los momentos de luz. Al recorrer la página, uno piensa que se trata de la página web de un artista, una persona dedicada a la estética como expresión en todas sus formas. Es una bella página, digna de ser visitada: <http://ivandarioupegui.com>.

Pero no se queda ahí, en las líneas de Apolo, pues los contenidos definen a un observador meticulado y agudo. El autor recatado se va revelando como un lector del mundo en profundidad, un pensador, un escritor con estilo. Si uno se detiene en su obra narrativa, dejando las crónicas de viaje para después, se topa con dos novelas de alto turmequé, como diría mi maestro equis, *Atardecer en Las Vegas* (2008) y *La noche antigua* (2014). Después de publicadas ambas, se dejó escuchar el silencio de la crítica, solo unos buenos amigos arriesgaron comentarios del blog, y ya. Pareciera que no existen. Propongo entonces corregir. Por eso vengo en esta nota a quitarme el sombrero ante un Señor Escritor. *Atardecer en Las Vegas* y *La noche antigua* consolidan al gestor de una obra rigurosa. La primera narra un encuentro de tertuliantes en un granero de barrio: un tendero, un jubilado, un vago... El principal narrador es el protagonista, que ha sido administrador de fincas bananeras en la región de Urabá. Los tertuliantes son personas que han vivido largo tiempo en el vecindario y, por ende, han pasado por esa tienda, Las Vegas, en múltiples ocasiones, mientras la vida ocurre y se transforma.

Podríamos agregar que, en esta novela, más allá de la historia del barrio Estadio, que es también la historia de Medellín; más allá de las memorias de Antonio Agudelo, el protagonista, áter ego del autor, es decir, personaje ficticio creado a partir de la reflexión sobre la propia educación sentimental y el recuerdo de las vivencias que son la vida; más allá de las pérdidas que significa dejar la infancia, la juventud, y entrar en el mundo de los adultos, donde cualquiera se topa un país en guerra, un escenario de violencia y muerte, en el que hay que sobrevivir y no se sabe cómo; más allá del dolor que somos, se narra y se piensa la vida sin concesiones. Es una novela generosa en páginas e historias, pero sobre todo en ideas. Un hombre allí piensa detrás de lo que sucede ante el lector, y ese que piensa es un existencialista, uno que todavía tiene esperanza, pero que bordea el nihilismo, rasga su propia idea del absurdo.

Vista al lado de *La noche antigua*, se descubre que hay en estas dos novelas una suerte de continuidad en dos planos diferentes: uno consciente, que podemos

vislumbrar cuando el autor declara que IRA, Ignacio Ramírez, el pintor, aparece fugazmente en *Atardecer en Las Vegas*, pero es ya protagonista en *La noche antigua*, pues es uno de los que allí escriben y se nos revela a través de su diario; y otro plano de continuidad inconsciente, que podemos inferir en el trasfondo de los protagonistas de ambas novelas: el hecho de que ambos son contadores públicos, por ejemplo, lo que sería un argumento simple (administrador el primero y contador el segundo, como si dijéramos que los dos álter egos, Antonio Agudelo y Martín Blandón, constituyeran la profundización de un fenómeno de pensamiento del autor); pero más allá de este hecho, está la continuidad de una actitud existencial que madura (si cabe esa expresión) de uno a otro, es decir, el hecho de que el nihilismo alcance en Martín Blandón la dimensión de los grandes pensadores del absurdo en la literatura: me refiero a Edipo, Raskolnikov, Joseph K. y, en especial, el señor Mersault.

Si le pidiéramos al propio Iván Darío una síntesis de *La noche antigua*, esta sería su respuesta:

Lejos de los fastos y las luces deslumbrantes, Medellín, al igual que el San Petersburgo de Dostoievski, se ve reflejada en esta novela, no por sus grandes obras ni sus edificaciones suntuosas, sino por la marginalidad, el desempleo, la angustia existencial de los personajes que la habitan. A través de las anotaciones que hace Martín Blandón, contador público y personaje central, en su "Agenda del mar"; los diarios de Ignacio Ramírez, IRA, un pintor bohemio, drogadicto y apesadumbrado; y los apuntes de Juan José Rojo, profesor pensionado, interno en un asilo de ancianos, el lector descubre una vida opacada por la rutina y por unos jefes tiranos; la sórdida y enigmática visión de un artista y la mirada escéptica de quien ha vivido y hace un balance al final de sus días. Estos apuntes lúcidos y estremecedores crean la atmósfera psicológica y definen la trama de la obra, que poco a poco se abre paso hacia un destino trágico. La novela nos sumerge lentamente en las profundidades de la existencia humana y nos lleva por los caminos de la vida, la vejez y la muerte, pero también de la esperanza y la belleza que ellas representan. Narrada en una prosa sencilla y poética, *La noche antigua* recoge la tradición de la novela dramática y evoca el legado del mundo griego.

Y a dicha nota habría que hacerle un reparo sustancial: aunque la pretensión del autor haya sido mostrar la ciudad, en el engranaje de la novela esta es solo el escenario, pues lo realmente importante en la ficción que allí se construye es el hilo que conduce desde los dos epígrafes hasta la escena final, que en la nota se denomina "destino trágico". El asunto no es

el escenario, que podría ser cualquiera, sino la manera como su propia idea del mundo y su manera de realizar la existencia lo conducen irremediamente al destino que el señor Mersault recibió como castigo y que él, en cambio, asumió como opción.

Dicen los epígrafes:

Mis ojos vagabundos / no han visto el mar
(León de Greiff)

Y

Voy a beberme el mar, / ya tengo listo mi velero fantasma (Jorge Robledo Ortiz)

El primero, el de León de Greiff, es la nostalgia de un recuerdo ancestral, es decir, el deseo de un reencuentro con aquello que está en el origen, en el fondo de todo significado existencial, y el segundo, el de Robledo Ortiz, es una decisión en el sentido del amor fatal de la tragedia griega; la novela es el paso metódico de uno a otro por la línea del sentido. ■

Luis Fernando Macías (Colombia)

Con un solo ojo A propósito de *Los buenos muchachos del expresidente y otros libros*

El expresidente y actual senador Álvaro Uribe Vélez es el personaje público más controvertido de los últimos decenios de la vida nacional. Quizá desde las muertes de Jorge Eliécer Gaitán y Laureano Gómez ningún político colombiano había tenido el magnetismo del antioqueño de la mano dura. Despierta admiración irrestricta y odio absoluto. Sus seguidores y adversarios son enjambre. Durante los ocho años de su presidencia nada hizo bajar de las nubes los índices a favor de la seguridad democrática, la bandera de su gobierno: ni el escándalo de las chuzadas del DAS ni el de Agro Ingreso Seguro ni el de la Yidispolítica. No hace falta devanarse los sesos para encontrar el motivo: los periodos de Uribe Vélez en la Casa de Nariño le dieron a un amplio sector de los colombianos la certeza que alguien estaba al frente de los destinos de la patria. Uno, por supuesto, puede discrepar de casi todas sus ideas, pero es una sandez negarle la virtud no menor de haberle devuelto a la gente la confianza en el gobierno. Se olvida con sospechosa frecuencia la monstruosa crisis institucional inducida por los desastrosos mandatos de Ernesto Samper y Andrés Pastrana: el proceso 8.000 y